



Tortosa, 11 de marzo de 2016

Querido educador:

Me pides que te dé reglas fijas para dirigir la educación de tus alumnos, formando a Cristo Jesús en su entendimiento y en su corazón.

Tanto se ha escrito sobre la educación de la mujer, sobre su trascendencia en la vida social, que apenas hay materia que se haya dilucidado con tanto empeño. Fácil, pues, me será en parte satisfacer tu justo deseo, pues convencido estoy de lo importante que es para la felicidad de las familias y de la sociedad la buena y sólida educación en nuestros días.

Ya sabes cuánta ha sido y es mi predilección por los niños, desde que supe que es una señal de predilección el amor a la infancia, porque nos asemeja a Aquel que bendecía y abrazaba a los pequeñuelos por su amor, y se enojaba con los que querían apartárselos de su lado, diciendo: "Dejad que los párvulos vengan a Mí, y no se lo impidáis, porque de ellos es el reino de los cielos."

Por esta afición y como natural instinto amo el verme rodeado algunos ratos por estos pequeñuelos y oír sus preguntas curiosas al apuntarle el uso de la razón, y estos ratitos asaz cortos son los más felices de mi vida.

Bien haces en pedirme reglas fijas para dirigir con acierto el rumbo de la vida de tus alumnos en medio de este inconstante mar, pues es lo primero que necesitamos, y su carencia la fuente de todos nuestros desaciertos.¹

Porque, amigo mío, cada día me voy más convenciendo que quien sea dueño de la educación será dueño del mundo, que es la única cosa o la más principal que debe llamar la atención de todos, en especial de los padres de familia y de los gobernantes. Aunque no fuese por otra razón que por el empeño que ponen todos en apoderarse de la educación de la niñez y juventud, deberíamos movernos a procurarla buena a todos a costa de todo sacrificio. Por eso he recibido gran placer al ver tus buenos propósitos, y tus elevados deseos, que voy a satisfacer en cuanto de mí dependa.

Mi intento es formar al joven según el tipo o modelo que nos ofrece la sin par la gran Santa, la gran Mujer, la incomparable Sabia, Teresa de Jesús. Creo que en sus ejemplos y sus enseñanzas hallaremos el más acabado modelo de la mujer fuerte, que desea el más sabio de los reyes.

Como no quiero, por otra parte, que se nos tache de ligeros, voy a dar comienzo a mis trabajos sentando los principios generales y particulares de la perfecta educación.

Estos principios generales serán los fundamentales, las bases de este soberbio edificio llamado educación, el cual sin ellas no podría de ningún modo levantarse. Además serán tu mejor guía, y como un faro luminoso en esta noche de tinieblas

¹Revista Teresiana 98 (1880): 35-37



del siglo actual, que te guiará con seguridad en el cumplimiento de tus deberes maternos, asaz difíciles y trascendentales.

No impresiones sensibles, sino razón y moral, exige el más grande genio del siglo actual, nuestro inmortal Balmes. La educación debe ser o es esencialmente religiosa, de modo que sin religión no es posible la verdadera educación. Más fácil es fundar una ciudad en el aire que fundarla sin religión, decía Plutarco. Y lo mismos podemos asegurar de la educación. Emprender la educación de la juventud sin la base de la religión es pretender fundar un soberbio monumento sobre el vacío, sobre la nada.

¿Me preguntas por qué tus hijos necesitan de educación? Y te diré, amigo mío que es porque necesitan ser perfeccionados. Bien lo sabes tú, mi buen amigo, lo débiles que somos, y si alguien nos es molesto y nos sirve de continuo ejercicio de paciencia, es sin duda nuestro pobre corazón. Vemos lo mejor, lo aplaudimos, y no obstante abrazamos en la práctica lo peor.

¿A qué, pues, deben dirigirse todos los esfuerzos de la educación? A mejorar el niño o la niña, a levantarlo, a formarlo según el tipo o modelo más perfecto, a restablecerlo en sus relaciones con Dios, con el hombre y consigo mismo; a obrar un cambio saludable en sus sentimientos, ideas, hábitos, etc., tal es el deber inmenso de todo maestro que educa a los niños.

El hombre, pues, será más feliz cuanto sea menos imperfecto, y en su consecuencia la mejor y mas verdadera educación es la que le libra con más eficacia y prontitud de sus defectos y le vuelve más semejante a Dios que le ha criado.²

Es verdad que sólo falta la paciencia para educar perfectamente a la infancia, Para todas las obras grandes es necesaria la paciencia; pero para ninguna lo es tanto como para educar con perfección.

Acordarnos de lo que dice la experimentada Doctora: "La paciencia todo lo alcanza." No es obra de un día la formación del corazón en el orden moral, así como tampoco se forma el hombre en un día en el orden físico. Nuestro modelo, dice Santiago, sea la conducta del labrador, que espera con paciencia el tiempo bonancible para la cosecha, temprano y tardío.

"Vos, Señor, decía san Agustín convertido a mejor vida, Vos, Señor, poco a poco con paciencia, con mano suavísima y misericordiosísima trocabais y componiais o rehaciais mi corazón."³ He ahí el modelo del perfecto educador.

¿Se cansa por ventura una madre de repetir una y mil veces una palabra a sus hijos cuando empiezan a desatar su lengua? ¿Cuánto menos, pues, nos hemos de cansar repitiendo, no unas palabras, sino unas verdades que han de labrar la felicidad temporal y eterna de la niñez? ¡Oh amigo mío! Si nuestra seráfica Madre, que tan a fondo conocía todas las verdades, no se cansaba de repetir que la paciencia todo lo alcanza, con más justicia lo hubiese repetido en nuestro caso. Ella, Madre espiritual de numerosísimas hijas que instruyó o forma su espíritu con nuevas máximas y reglas y género de vida, sabía por experiencia que esta virtud

² *Revista Teresiana* 103 (1881): 183-187

³ *Confes.*, lib. VI, c. V



de la paciencia es la más necesaria en el trato, corrección y mejoramiento del prójimo.

Por esto aleccionada por una larga experiencia y en su humildad exclamaba en los últimos años de su vida: “No soy yo ahora la que solía en gobernar; pues antes lo llevaba por rigor y después se trocó en pacientísimo amor” porque le daba mejor resultado.⁴

Vosotros, como ella, comportaos de modo que seáis amados de vuestros discípulos para ser respetados y obedecidos. Sed justos y no consintáis se desprecie vuestra autoridad. No seáis aceptadores de personas ni hagáis odiosas distinciones entre pobres y ricos.

Los profesores, aunque deben verlo y saberlo todo, deben también saber disimular en muchas ocasiones, en que el buen orden no se halle comprometido. No castigáis sino mostrando disgusto y después de haber agotado los recursos o medios de dulzura y caridad. Revestíos de las entrañas de madre que procura ser amada para ser obedecida. Revestíos de las entrañas amorosas y compasivas de su Jesús que tanto amó y distinguió a los pequeñuelos, y como este buen Pastor de las almas den la salud y vida por sus ovejas, que lo son a la vez de Jesús y su Teresa. “Hijitos míos, decía el gran Apóstol San Pablo, a quienes doy a luz otra vez hasta que se forme Cristo en vosotros”. El Apostolado de la enseñanza es apostolado de sacrificio. Mas considerando el ejemplo de Jesucristo, de los Apóstoles y Santos, de su seráfica Madre y Doctora, todo se os hará fácil. Sed mártires si necesario fuere por el estudio y enseñanza por Jesús y su Teresa. ¡Y qué de buena gana!

No olvidéis nunca que es vuestro fin principal es transformar el mundo educando a la juventud según el acabado modelo de Santa Teresa de Jesús.⁵

Vuestro Padre que os ama y bendice

Enrique de Ossó

⁴ *Revista Teresiana* 108 (1881): 331-333

⁵ EO II, 234